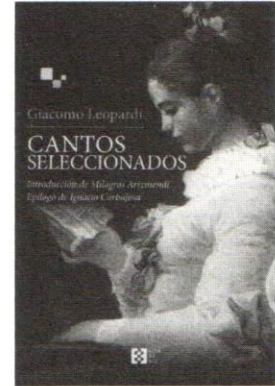

LO QUE QUEDA DE TANTAS ESPERANZAS

Cantos seleccionados, Giacomo Leopardi

Traducción de Antonio Colinas

Introducción de Milagros Arizmendi. Epílogo de Ignacio Carbajosa

Ediciones Encuentro. Madrid, 2016



Un genio prematuro y desgraciado. Así se puede definir, desde su venida al mundo, la biografía de Giacomo Leopardi (Recanati, 1798-1837). Es, junto a Manzoni, el mayor romántico de la literatura italiana, y uno de los mayores líricos, junto a Dante y Petrarca, de la literatura de todos los tiempos.

Sea como fuere, su vida estuvo llena de contradicciones, y hoy día su lector debe agradecer que la portentosa inteligencia de este hombre superase con creces su débil naturaleza física y a su muy frecuente desánimo vital.

Nació en el seno de una de las cuarenta familias nobles que vivían en aquel poblachón al sur de Nápoles. Su infancia y adolescencia estuvieron marcadas por la sombría soledad de Recanati, y por la incompreensión de su padre, el conde Monaldo Leopardi, y por el frío distanciamiento de su madre Adelaida Antici. Y esta desazón la plasma en uno de los principales textos de *Canti*, "Le Ricordanze": "¡Oh esperanza, esperanza, ameno engaño de mi primera edad!.../ contemplo este vivir tan pobre, tan doliente,/ y pienso que la muerte es solamente/ lo que queda de tantas esperanzas".

Milagros Arizmendi, en su acertada introducción nos lo describe: "De pequeña estatura, jorobado, pálido, dolorido por su imagen *inarmónica* que le aísla de los demás, anhela ser amado sin reservas. 'Ámame, por Dios. Necesito amor, amor, amor, fuego, entusiasmo, vida', le suplica a Carlos, su hermano, en una carta escrita el 25 de noviembre de 1822". Y fue en ese año cuando logró cumplir su deseo obsesivo de abandonar su ciudad y viajar a Roma. No logra, empero, el reconocimiento de sus compatriotas, alcanzar la fama de la que gozan los escritores de la antigüedad que tan bien conoce y ama.

Un único y exclusivo favor consiguió Giacomo de su padre: a sus diez años, éste le facilita el acceso a la

vasta biblioteca familiar, unos dieciséis mil volúmenes. Aprendió en ella, sin ningún auxilio de voz humana, latín, griego, (Homero, siempre Homero), hebreo, francés, español e inglés, además de gramática, retórica, teología, física, filosofía pura..., y, por último, poesía. Es el momento, cercano ya a los treinta, en que Leopardi termina por saldar la escisión entre la perspectiva poética y la perspectiva filosófica hasta consolidar su armonía en la última fase de los *Cantos*. Léase, "Canto nocturno de un pastor errante de Asia":

Una ciclotemia épica e imaginativa, pues, que afronta dos estados: la búsqueda de ser feliz implicándose en el sentimiento puro, casi siempre inasible, como el amor pagano, la euforia contemplativa, la memoria de infancia y adolescencia rodeado de aquellos en quienes quiso creer e imbuido de lo que quiso creer suyo e inefable; el otro se entrevera con el primero: se trata del dolor y de la incompreensión de sentirse ínfimo ante el Universo, del temor y la acedia que seguramente le suponen haber de compartir tamaño sentimiento con sus semejantes, él mismo, sensible, melancólico y seguramente solitario. Y es entonces cuando surgen quince de los mejores versos encerrados en su composición, "L'infinito", escrita con 22 años, entre la primavera y el otoño de 1819, y la más amada y perfecta de toda su obra, según nos confiesa.

Leopardi no salió nunca de Italia. Hubo de rechazar ofertas sugerentes porque su salud no le permitía sobresaltos. Murió en Nápoles el 9 de marzo de 1837, en casa de su gran amigo Antonio Ranieri, el cual recuerda así los últimos momentos: "Me miró más fijamente que nunca y dijo como suspirando: Ya no te veo".

Carlos María Maínez